

L A P A T A G O N I A

H A N S S T E F F E N E N

LIBROS TAURO

El 28 de mayo partimos del ya mencionado puesto del colono Richard, situado a orillas del curso superior del río Mayo, donde hicimos los últimos preparativos para el cruce de la cordillera y dejamos los animales fatigados, así como la parte innecesaria de nuestro equipaje. Con el resto de la caravana, diez hombres, dieciocho caballos de silla y veinte mulas, emprendimos la marcha hacia el oeste. Cruzamos el río Mayo, muy crecido en aquella época, por un vado previamente explorado con toda precaución, que e encontraba más arriba de la confluencia con su importante tributario norte, el río Nirehuao. Luego iniciamos la ascensión por valles en terraza y lomas hacia la divisoria de aguas. La cruzamos a 750 m. sobre el nivel del mar entre un par de sombrías cúpulas volcánicas que se destacaban siniestras y espectrales en medio del desolado paisaje nevado. En nuestro avance hacia el oeste

debimos luchar contra una violenta tormenta de nieve. Desde allí, una corta pendiente de sólo 60 m. de altura nos llevó directamente hasta la orilla del río Colhaique a 5 km de distancia. Este curso de agua fluye por un angosto valle lleno de terrazas en declive de bella formación, hacia el interior de la montaña en recta dirección oeste. Enseguida de atravesar la divisoria de aguas se manifiestan algunas características de su pendiente occidental o del Pacífico, en particular la caída turbulenta de los ríos y una vegetación más rica. Inmediatamente, al pie de la divisoria de aguas, bosques de hayas de elevados troncos pueblan las orillas del río en largas franjas, mientras que las altiplanicies al este de la línea que marca allí el límite oriental de la formación arbórea están completamente desnudas. Por supuesto, en el valle superior del Coihuaique existen vastas extensiones de pampas formadas por matas de coirón que alternan con praderas pantanosas o maillines, y no es sino paulatinamente como las manchas boscosas forman una sucesión ininterrumpida de bosques que cubren todo el suelo del valle y las laderas hasta su parte más alta.

A pocos kilómetros al oeste del lugar donde se encontraba nuestro atajo, el valle se extiende hacia

las mesetas entre empinadas escarpas con ocasionales gargantas, luego adquiere el carácter de un verdadero valle de montaña, entre crestas pobladas de bosques que avanzan por el norte y por el sud y en cuya formación parecen haber participado tobas volcánicas y conglomerados. Al norte, el cerro Mano Negra de 1850 m. de altura y al sud el cerro Divisadero, unos 300 m más abajo que el anterior, descuellan como puntos de culminación, visibles desde una gran distancia en medio de este paisaje montañoso cubierto de nieve, poco conocido aún en sus detalles. Seguimos por una senda que en los tramos libres de la pampa del valle superior del Coihaique, sólo está señalada con varas y postes en los lugares donde atraviesa los cursos de agua más importantes. Este camino nos condujo muy pronto a un bosque de altura constituido por *Fagus pumilio*, donde la ruta está caracterizada por machete a duras, sistema de marcación muy usual en el sud, consistente en dejar sobre los troncos de los árboles señales hechas con hacha o con machete. Después de un largo rodeo por las elevaciones del borde meridional del valle y pasando por algunos lagos de montaña de pequeña superficie, el camino vuelve a bajar al valle, cruza el río Coihaique y continúa lue-

go definitivamente paralelo a su margen norte. Pronto alcanzamos la primera casita instalada en la zona por la comisión chilena de límites, la Casa Coibaique- Allí encontramos una cantidad de cargadores y leñadores chilenos, así como un pequeño depósito de víveres.

Esa última etapa de la marcha desde la divisoria de aguas hasta la Casa Coihaique nos demandó mucho tiempo y fue rica en dificultades. Mientras que en la estación favorable puede cubrirse el tramo desde el puesto de Richard hasta la Casa Coihaique en sólo dos días largos de marcha, en aquella época, en que el valle permanece semanas enteras bajo un manto de nieve de medio metro, necesitamos cuatro, aun cuando las mulas llevaban sólo la mitad de la carga. No sólo en las venas llanas, sino también en los bosques de altura había tramos de varias millas en que el suelo estaba tan pantanoso que las bestias se quedaban atascadas a cada rato y sólo podíamos sacarlas de aquellos barreales con ímprobos esfuerzos. Aun cuando ya han sido tendidos puentes sobre la mayoría de los riachos y arroyos que es menester cruzar, existen aún un sinnúmero de pequeños valles que permanecen completamente secos en verano, pero en aquel tiempo conducían

cursos de agua con anchos tramos en las orillas, cuyo paso nos demandaba a menudo lanas horas de trabajo.

En las inmediaciones de la Casa Coihaique, a unos 45 km del lugar donde cruzamos la divisoria de aguas, a 60 km de distancia de la costa pacífica y a 150 m sobre el nivel del mar aparecen las primeras matas de *Chusquea coligüe*, las cañas similares al bambú tan características del bosque del sud de Chile y el oeste patagónico. Hacia el oeste, esta formación va en progresivo aumento y pronto domina enteramente el monte. Las pampitas, claros del bosque pobladas de altos pastos y bastante frecuentes en la parte superior del valle, desaparecen por completo a partir de ese lugar s, el camino se convierte en una ancha picada a través de la espesura de coligües que se prolonga por las laderas de la montaña desde las planicies en el fondo del valle hasta una altura de unos 90 m sobre el nivel del mar.

Nevadas interminables nos acompañaron en nuestra marcha desde Casa Coihaique hacia el oeste, causándonos inconvenientes y obstáculos que no había conocido en mis viajes anteriores. Apesar de que la macheteadura tenía término medio fina an-

chura de cuatro metros, largos tramos de la misma habían quedado irreconocibles porque el peso de la nieve doblaba las cañas, la parte superior de las cañas de un lado se unían con las del otro y la capa de nieve que las cubría formaba una especie de bóveda que daba al camino la apariencia de un túnel por el cual podía pasar a duras penas un hombre a no que hablar de cruzarlo a caballo. En consecuencia debía precedernos una cuadrilla de trabajadores para que despejaran el paso lo mejor posible o bienabrieran una nueva macheteadura a través de la espesura. Prácticamente ya no fue factible seguir cabalgando y casi la mitad de los animales, por otra parte abatidos por el cansancio, debieron ser dejados atrás en lugares próximos al río, poblados de escasos pastos.

En el ensanchamiento del valle donde esta situada la Casa Coihaique, a 200 m sobre el nivel del mar, el río Coihaique se une con el río Simpson, proveniente del sudeste y que baja por una depresión igualmente imponente. Este sistema conduce al mar todas las aguas reunidas a la zona andina oriental desde $45^{\circ} 20'$ a 46° de latitud sud por un valle de 4 a 5 km de ancho que en algunos lugares se estrecha a menos de un kilómetro, con dirección oeste-nordeste.

A partir de ese lugar se hace patente un acentuado contraste en la fisonomía de los bosques que llenan el valle y los de las orillas del Coihaique, al ser reemplazadas las variedades de hayas de hojas caducas (*Fagus antarctica* y *pumilio*) por los coligües de follaje perenne (*Fagus dombeyi*). Por supuesto, el monte bajo está constituido por las matas de coligüe cada vez más tupidas. La mayoría de las veces el camino se extiende a la vera inmediata del río o cruza algo más arriba los aplanamientos de las cimas de las montañas del borde norte del valle. Sólo en dos lugares fue necesario alzar el camino unos cien metros sobre el nivel del fondo del valle para evitar un par de peñones graníticos que avanzan hasta el río y hacer saltar con dinamita cortos tramos de la pared rocosa.

Inmediatamente al oeste de este estrechamiento el camino cruza el mayor afluente norte del río Simpson, el Arroyo Grande, a que baja de una depresión muy importante, no explorada aún. Sigue luego un segundo estrechamiento del valle por el cual el río se descompone en una serie de turbulentos rápidos para salir a enseguida a los amplios llanos aluvionales de la sección inferior del valle y en la isla Flores se reúne con el río Mañuales que

tiene su mismo origen, cuyo cruce se realiza mediante una balsa primitiva. En las etapas más importantes del camino aparecen diversas casitas de madera y ranchos contruidos con cañas de coligüe cubiertas con techos de junco.

El río Aisen, formado por la confluencia del Simpson y del Mañiuales,. puede ser navegado desde la isla Flores hasta su desembocadura en la ría Aisen mediante canoas grandes y aun por pequeñas barcazas de vapor, pero en la parte media de esta corriente existe un tramo calculado en 38 km. de rápidos, resultantes de una sucesión de gracias rocosas que obligan a hacer un rondeo por tierra. La ruta por tierra no se continuó hasta la desembocadura del Alseri, sino que termina a unos 8 km más arriba hasta donde se puede navegar sin inconveniente con la ayudase del movimiento del flujo y reflujo. La nieve llegaba hasta esta)r sección inferior del valle, aun cuando sólo quedó en el suelo ir algunos días una capa fina. Helados vientos del este que, como nos enteramos más tarde, se presentan en la meseta patagónica y en la divisoria de aguas como violentas tormentas de nieve, soplaban por toda la cordillera hasta fuera de la ría de Aisen y provocaron un oleaje tan movido que amenazó arrojar en cualquier mo-

mento sobre la playa nuestro vapor, el "Pisagua", anclado en un puerto de la ría exterior a unos 50 km de la desembocadura del Aisen. El hecho de dominar las tormentas invernales del este y sudeste desde la meseta patagónica hasta el litoral pacífico (ya lo había observado en otra oportunidad en la latitud de Llanquihue y Nahuel Huapi), responde a la más frecuente irrupción de las violentas tormentas occidentales y sudoccidentales de la costa por encima de los valles y planicies del este al pie oriental de los Andes; en ambos casos los grandes valles por los que fluyen los ríos del oeste patagónico permiten pasar de un lado al otro de la montaña sin obstáculos.

El 10 de junio nuestra expedición llegó al pequeño, pero seguro puerto Chacabuco, en la desembocadura del Aisen, donde el vapor chileno

Pisagua ya estaba pronto para llevarnos de regreso al norte. El viaje desde la casa de Richard, a orillas del río Mayo hasta la costa nos demandó en total catorce días: diez de marcha y cuatro de descanso, mientras que en las temporadas de mejores condiciones climáticas y en las mismas circunstancias sólo se requiere la mitad de ese tiempo. Esa fue la primera vez que una expedición cruzó en ple-

no invierno la cordillera patagónica en toda su anchura de este a oeste.